

EL ESPÍRITU MARIANISTA Y LA EDUCACIÓN

Manuel Cortés, SM

Es para mí una alegría y una gran satisfacción reunirme con todos ustedes aquí hoy, en el comienzo de este encuentro de los principales responsables de los colegios marianistas de Europa. Es una alegría y una gran satisfacción por dos motivos, principalmente. En primer lugar, porque, con ustedes, se me hace presente el gran servicio educativo que los marianistas hemos venido ofreciendo y seguimos ofreciendo a nuestro viejo continente, en el cual nacimos y desde el cual nos expandimos por todo el mundo. En segundo lugar, porque al decir “marianistas” mirándoles a todos ustedes, me estoy dirigiendo no sólo a los religiosos y religiosas sino a un grupo enorme de personas que comparten con nosotros, los religiosos y religiosas, la misma ilusión y el mismo empeño misionero. Si nuestro fundador, el beato Guillermo-José Chaminade, estuviera aquí físicamente presente, exultaría de alegría, viendo que su sueño de educar a la juventud seguía vivo y activo, compartido por religiosos y seculares. Gracias, pues, por haberme invitado a vivir este profundo gozo y a compartir con ustedes algunas reflexiones sobre el proyecto educativo que inspiró su vida y, con ella, la nuestra. Para nosotros, los marianistas, y para todas las personas que colaboran en nuestra misión, es muy importante mantener viva su memoria. Si él no hubiera existido y no hubiera vivido lo que vivió, no existiríamos tampoco los marianistas. Si estamos aquí, en el mundo y en la Iglesia, es para continuar su vivencia y su misión. En cierto modo, somos “hijos” de nuestro Fundador. Por lo tanto, entre nosotros, evocar su vida y su pensamiento, no es un mero tributo a la memoria histórica sino un ejercicio necesario para conocer mejor nuestra propia vocación, para ser más claramente conscientes de las razones por las que -y para las que- vivimos y trabajamos como marianistas. En resumen, un ejercicio necesario para profundizar en nuestra propia identidad.

Estas reflexiones que comparto hoy con ustedes vienen motivadas precisamente por ese deseo de volver a nuestras raíces para mantener viva nuestra identidad y captar cómo, desde ella, podemos y debemos seguir sirviendo a nuestro mundo. Las desarrollaré en tres partes:

1. En la primera parte trataré de explicar los fundamentos de lo que llamamos “espíritu marianista”: cuáles son y de dónde proceden los rasgos que lo definen, por qué precisamente esos rasgos y no otros, dónde se inspiran.
2. En la segunda parte, reflexionaré sobre cómo de estos rasgos se deriva una determinada acción educativa, dando lugar a lo que es nuestro estilo propio, marianista, de educar.
3. En la tercera parte, trataré de mostrar cómo las características propias de la educación marianista, heredadas de nuestra tradición, siguen siendo de gran actualidad hoy ante las necesidades educativas del momento presente, de la sociedad y el mundo de hoy.

1. Qué entendemos por “espíritu marianista” y dónde se inspira.

De entrada, y de forma sintética, podemos decir que el espíritu marianista es una manera, un estilo particular de vivir el evangelio. La vida marianista es, ante todo, una vida cristiana y, por lo tanto, como toda vida cristiana, tiene en la persona de Jesús su punto de referencia fundamental. Lo que vivimos y lo que hacemos tiene su fuente y su fin en lo que Jesús vivió e hizo.

Ahora bien, en el seguimiento de Jesús siempre se han dado matices y estilos diversos de vida, según los aspectos de su persona y de su mensaje que más impactan, sea por las características personales del cristiano seguidor de Jesús, sea por las circunstancias que le toca vivir. Algunos de

esos seguidores de Jesús han creado escuela, han fundado comunidades y obras a las que han transmitido su forma de vivir el evangelio. Han surgido así diversas “espiritualidades” a lo largo de la historia del cristianismo. Todos conocemos cómo Francisco de Asís se sintió impactado por la pobreza de Jesús en medio de una sociedad y de una Iglesia deseosas de poder y de riqueza; o cómo Ignacio de Loyola contemplaba a Jesús en su total obediencia al Padre en un tiempo de rebeldía y de necesarias reformas, como fue la época del Renacimiento; o cómo Teresa de Calcuta descubre el rostro sufriente de Cristo en los moribundos abandonados con los que se encuentra en la calle... Así surgieron en la historia el espíritu “franciscano”, el “jesuita”, el de los “misioneros de la caridad”... Y tantos otros. Así surgió también el “espíritu marianista”, fruto de la experiencia evangélica de un hombre: Guillermo-José Chaminade, nuestro fundador. Desde su particular forma de ser y desde la experiencia histórica que le tocó vivir, él también se sintió atraído de modo especial por un determinado aspecto de la persona de Jesús, que trató de vivir intensamente y de transmitir a los que le rodeaban. ¿Cuál fue su experiencia histórica? ¿Qué aspecto de la persona de Jesús le atrajo particularmente en esas circunstancias? Son preguntas que tenemos que responder para entender el “espíritu marianista”, el estilo de vida cristiana que nos legó.

Su experiencia histórica

De todos es conocido que el P. Chaminade vivió de lleno y en propia carne la Revolución Francesa. Era un joven sacerdote (tenía 28 años) cuando estalló. Trasladado a la gran ciudad, Burdeos, es testigo de la persecución contra la Iglesia. Vivió la clandestinidad y el exilio. Y en lo afectivo vivió el dolor de la pérdida de sus padres en este periodo.

Como sabemos, la Revolución Francesa fue uno de esos grandes hitos en la historia de la humanidad, una verdadera convulsión histórica, que cambió la cultura, la mentalidad de las gentes y las estructuras sociales. Surge una nueva manera de concebir el mundo, las relaciones sociales y la organización del estado. Su huella en la historia fue de profundo calado. Podemos imaginar, pues, el impacto que produciría todo ello en la vivencia de aquel joven sacerdote, recién llegado a la ciudad.

De entre los efectos de la Revolución Francesa, hubo dos que le interpelaron de un modo particular desde su sensibilidad sacerdotal:

- El impacto en la fe de las personas.

La Revolución Francesa culmina un periodo de afirmación del hombre frente a Dios, que se había iniciado ya en el Renacimiento. El hombre se constituye en el centro de lo que existe, afirmando el primado de su razón frente toda otra razón, incluida la divina. El profesor y artista jesuita, P. Marko Iván Rupnik, ha descrito muy gráficamente este efecto, apoyándose en los frescos de la Capilla Sixtina: “El Renacimiento -dice el P. Rupnik- da a luz una cultura europea nueva en la que el hombre se convierte en el nuevo centro universal. Este paso fundamental de la conciencia europea se ve de modo paradigmático en los frescos de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina, concretamente en el ciclo de la creación del hombre y del mundo. En la primera pintura se presenta a un Dios fuerte, que empieza a crear el mundo. Es una figura que ocupa casi todo el campo pictórico. Poco a poco se va retirando cada vez más y empieza a envejecer. Cuando Dios crea a Eva, está ya relegado a una esquina, a un lado del fresco, donde se agazapa encorvado, viejo, con una larga barba blanca. Antes de retirarse, consigue todavía bendecir al hombre con la mano ya temblorosa.”

La Revolución Francesa, culmina, como decíamos, esta etapa iniciada en el Renacimiento. Con el endiosamiento de la razón humana, Dios ya no es ni siquiera un anciano en un rincón. Simplemente queda desaparecido de la escena. Y con su desaparición, desaparece también, lógicamente, la fe.

Este impacto de la Revolución Francesa en la fe de las personas, interpeló profundamente al P. Chaminade, que, de inmediato, vio reflejado en esta realidad aquel momento original y “originante” del pecado de la humanidad, el de la rebeldía de Adán y Eva frente Dios.

- ***El impacto en las instituciones, especialmente en la Iglesia.***

La Revolución Francesa no sólo impactó en la mentalidad de las personas. Tuvo un fuerte impacto institucional. El grito emancipador, “libertad, igualdad, fraternidad”, provocó un profundo cambio en las instituciones que, en mutua connivencia, habían gobernado la sociedad y tutelado al individuo: el Estado y la Iglesia, el Estado con la Iglesia, la Iglesia con el Estado. Cae el modelo monárquico y se rompe la alianza Estado-Iglesia por primera vez en la historia de la cristiandad.

Esa ruptura fue, además, beligerante. El Estado no sólo proclamó su independencia respecto a la Iglesia sino que se posicionó frente a ella, tratando de dominarla por medio de la llamada *Constitución Civil del Clero*. No es aquí el lugar ni el momento de explicar en qué consistió. Basta con saber que se trató de un intento de creación de una especie de Iglesia nacional, sustraída al poder de la Santa Sede y sometida al del Estado. Los sacerdotes que no la juraban eran perseguidos, como fue el caso del propio P. Chaminade. Él vivió muy de cerca todo este episodio dramático no sólo por la persecución sufrida sino también porque después de la Revolución, fue uno de los sacerdotes encargados de la reconciliación de los llamados “sacerdotes juramentados”.

La Iglesia, ya fuertemente tocada en el Renacimiento por la Reforma y sus consecuencias, se encontró, de repente, ante una nueva realidad, en la que había perdido su tradicional modo de estar presente y actuante. “¿Cómo ha reaccionado la Iglesia durante estos siglos? -se pregunta el P. Rupnik-. Habituada -sigue diciendo- a su influjo en la sociedad, se ha sentido en la época moderna como el Dios representado en la Capilla Sixtina, cada vez más relegada al rincón de la insignificancia, como una realidad de segunda clase.” El P. Chaminade se ve fuertemente interpelado por esta crisis eclesial. Vive una Iglesia perpleja y con síntomas de inanición, cuya presencia en el mundo corre el riesgo de difuminarse cuando pierde su poder.

Su experiencia evangélica

En este contexto histórico y con esta experiencia personal de fondo, desde su preocupación por la recuperación de la fe y de la Iglesia como auténtica comunidad, Chaminade vuelve su mirada al evangelio. Dos son los aspectos que le impactan muy especialmente:

- **El papel de María en la historia de la salvación** y, más concretamente, en la aparición del Salvador, Jesús, en nuestra historia. Es decir, el hecho de que Jesús, el Hijo de Dios, sea hijo de María. Eso que los cristianos conocemos como *el misterio de la encarnación*.

La salvación de Dios para el mundo tuvo en María su puerta de acceso. Aconteció con Jesucristo, el Hijo de Dios, pero no pudo acontecer sin María. Ella es la persona humana indisolublemente asociada al Hijo de Dios en la historia. Gracias a su respuesta de FE, el Hijo de Dios es acontecimiento, es historia... y la historia queda así recuperada, por él, con él y en él, para el plan de Dios. Ella es LA CREYENTE, la “mujer de la fe”, esa fe que Dios busca en la humanidad para generar en ella, por la acción del Espíritu, al Redentor.

Si se trata, pues, de recuperar nuestro momento presente para re-introducirlo en el plan salvífico de Dios -piensa el P. Chaminade-, la humanidad necesita de nuevo a María. Se trata, pues, en cierto modo, de volver a ser María en nuestro mundo. Se trata de prolongar su misión,

su papel en la historia de la salvación. Por eso, siguiendo la inspiración del P Chaminade, los marianistas hacemos alianza con María **“para asistirle en su misión”**.

- **El fervor y la autenticidad de la primera comunidad cristiana**, auténtico testimonio de fraternidad evangélica, que contagiaba con su vida.

El P. Chaminade estaba profundamente convencido de que el mundo no puede ser convertido al evangelio si no le ofrecemos, como él tantas veces repetía, el testimonio de aquella primitiva comunidad, “el espectáculo de un pueblo de santos”. De esta convicción se desprende el fuerte carácter comunitario que dio a todas sus fundaciones, desde las congregaciones de Burdeos a los institutos religiosos. En su acción misionera, evangelizar y “congregar”, convertir y “agregar”, van a la par. Como decimos en la presentación de la Regla de Vida de la Compañía, nuestro Fundador, “inspirado por el Espíritu de Dios, llegó a comprender las fecundas posibilidades que una comunidad cristiana entraña para el apostolado. Una comunidad puede dar el testimonio de un pueblo de santos, mostrando que el evangelio puede practicarse con todo el rigor de su letra y de su espíritu. Una comunidad puede atraer a otros por su mismo género de vida y suscitar nuevos cristianos y nuevos misioneros, que den origen a nuevas comunidades. La comunidad se convierte así en el gran medio de recristianización del mundo. De esta intuición fueron surgiendo los primeros grupos de hombres y mujeres que el Padre Chaminade fundó como congregaciones.”

El fundamento de este principio misionero lo encontró el P. Chaminade en los Hechos de los Apóstoles, en la primera comunidad cristiana, a la que se “agregaban” nuevos miembros por el testimonio de tenerlo todo en común, de vivir con un solo corazón y una sola alma.

Así pues, por lo que se refiere a la inspiración bíblica, podemos decir que el P. Chaminade se siente iluminado por los comienzos de los dos libros de Lucas: el relato de la Anunciación-Encarnación del Hijo de Dios en el primer capítulo del evangelio, y el de la aparición y desarrollo de la primera comunidad cristiana en los capítulos iniciales de los Hechos de los Apóstoles. Ambos pasajes bíblicos inspiran y definen los dos rasgos característicos del “espíritu marianista”: el espíritu de fe, al modo de la fe de María, y la comunidad de vida.

Si María es el icono de la humanidad abierta a la redención, la comunidad es el signo de la humanidad redimida y, a la vez, su seno materno, generativo, formativo y alumbrador. Estos dos principios constituyen la esencia del carisma marianista. En ellos se inspiran todas nuestras obras y todas nuestras tareas.

2. Qué tipo de educación se deriva del “espíritu marianista”.

Después de estas consideraciones sobre el espíritu, el “carisma” marianista, cabe la pregunta: ¿cómo puede un carisma, un espíritu, una espiritualidad inspirar un modo de educar? La respuesta es evidente: a través de la antropología subyacente a esa espiritualidad. Toda espiritualidad y, por lo tanto, también la marianista, contiene en sí misma una determinada concepción del ser humano y es debido a esa concepción como desarrolla determinadas características educativas. Es lo que trataré de exponer en esta segunda parte de la charla.

a) Empecemos por reconocer que toda educación parte de una antropología.

Si la educación atiende a la formación integral de la persona, está claro que depende de la noción de persona, del concepto de lo que la persona es y de lo que está llamada a ser. Es evidente que detrás de la tarea educativa hay siempre una antropología que la inspira. Por eso, caben tantos tipos de educación como antropologías, como concepciones del ser humano. La educación nunca

es “neutra”: siempre está al servicio de una determinada “visión” de la persona y de su sentido. El buen educador es consciente de la antropología a la que sirve, y actúa en coherencia con ella. Una buena institución educativa explicita siempre su “visión” educativa y procura que las diferentes fuerzas que actúan en su interior se cohesionen en torno a ella.

Por eso podemos hablar, por ejemplo, de “educación cristiana”. Entendemos por tal la que extrae del evangelio la antropología que la inspira. Esta antropología no está contenida en un tratado filosófico sino en una vida humana concreta, la de Jesús. Para el cristiano, la Revelación de Dios en la persona de Jesús no es sólo una revelación sobre la divinidad y las cosas divinas, sino que es también (y me atrevería a decir incluso “ante todo”) una revelación sobre el ser humano. En Jesús los cristianos descubrimos “el camino, la verdad y la vida” de la humanidad. En él contemplamos la plenitud del ser humano y, por lo tanto, el punto de referencia, de toda acción educativa.

b) Si detrás de toda educación hay una antropología, también la hay detrás de toda espiritualidad. ¿Cuál es la antropología que hay detrás de la espiritualidad marianista?

Por supuesto, la antropología cristiana, la que se nos revela en la persona de Jesús. Ahora bien, como he tratado de explicar en la primera parte, en la contemplación de la persona de Jesús, hay diversidad de acentos, matices y aspectos según las diversas espiritualidades. En concreto -añadía- el “espíritu marianista”, siguiendo a nuestro Fundador, se fija en el hecho de que Jesús es “hijo de María”. La antropología marianista se deriva, pues, de la contemplación de un aspecto particular del hombre Jesús: su propia generación, es decir, de dónde viene, cómo aparece en la historia, cómo se engendra y se forma su humanidad. La antropología marianista es la que se nos manifiesta en el misterio de la encarnación, narrado en el episodio de la anunciación, en el primer capítulo del evangelio de Lucas. De entrada puede parecer extraño decir que en este episodio se esconde toda una antropología pero si nos detenemos a analizarlo pausadamente veremos que sí, que la contiene, y que, además, podemos deducir de ella **los dos grandes principios antropológicos que sustentan la educación marianista** y, por lo tanto, las principales características que la definen.

- 1) **Primer principio antropológico fundamental en la antropología cristiana y, por lo tanto, también en la marianista: La suprema dignidad del ser humano.** Este principio lo deducimos del modo como el ser humano es buscado y tratado por Dios en la persona de María. En el antiguo testamento el salmo 8 ya se maravillaba de la dignidad del ser humano. “¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?... Lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad...”, decía el salmista. Tras la contemplación de la anunciación, nosotros podemos añadir aún más admiración. “¿Qué es el hombre para que no sólo te fijes en él sino que, además, lo busques y lo solicites para ser, también tú, hombre como él y con él?”

Es muy interesante poner en paralelo el relato de la anunciación al comienzo del evangelio de Lucas y el relato del pecado original al comienzo de la Biblia, en el libro del Génesis, como lo hizo Fra Angelico en su cuadro de la anunciación. En el libro del Génesis, Adán y Eva dan la espalda a Dios. Tentados por la serpiente desconfían de Dios, no se fían de su palabra, y le desobedecen. Después -sigue diciéndonos el relato bíblico-, Dios busca a Adán, pero Adán se esconde de Dios. “El Señor Dios llamó a Adán y le dijo: ‘¿Dónde estás?’. Él contestó: ‘Oí tu ruido en el jardín, me dio miedo porque estaba desnudo, y me escondí.’” (Gn 3,9-10) Totalmente condicionado por su desconfianza en Dios, piensa que Dios es su enemigo y que, por lo tanto, lo busca para castigarlo, para “vengarse”. Y se esconde. Adán y Eva son víctimas de un doble error: un error que podríamos llamar “teológico”, de percepción de Dios, que les arrastra a un segundo error, “antropológico”, de percepción de sí mismos. Perciben mal a Dios y por eso no se perciben bien a sí mismos. Y

se esconden. De Dios, huyendo de él, y también de sí mismos, vistiéndose, cubriendo así la desnudez de su verdad.

El episodio de la anunciación viene a corregir en la historia el error de Adán y Eva. Dios busca al hombre pero no para aniquilarlo sino para recrearlo con su Espíritu. Y no a la fuerza, imponiéndose con su poder y sometiéndolo, sino solicitándolo. No es un Dios que se impone, que castiga, que somete al hombre. “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”, “no temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios” (Lc 1,28.30), fueron las palabras del ángel. El Dios que se presenta así ante María es un Dios que ama profundamente a la humanidad. Y porque la ama, no se impone a la fuerza sino que respeta su libertad. En lugar de imponerse, se ofrece, se ofrece a sí mismo con toda su bondad, con todo su amor. En el episodio de la anunciación Dios mismo se nos manifiesta buscando la humanidad y ofreciéndose a ella en la persona de María como un auténtico amante. De este modo, en María queda corregido el doble error de Adán y Eva: el “teológico” (María percibe el verdadero rostro de Dios, el del amante que se entrega) y el “antropológico” (María se percibe a sí misma en la mirada de Dios como lo que verdaderamente es: grande en su pequeñez, como ella misma proclamará en el magnificat). En María la humanidad ha dejado de esconderse ante Dios y ante sí misma para descubrir, finalmente, su grandeza y su dignidad. El modo de actuar de Dios le revela su suprema dignidad. Fra Angelico quiso mostrarla en su belleza, ante la que el ángel se inclina en reverencia, casi en adoración. También Chaminade vio reflejada en María la belleza y la inmensa dignidad del ser humano, inundado del respeto y del amor de Dios.

Inspirado en la contemplación de la anunciación, el educador marianista entiende que su tarea tiene algo de divino. En cierto modo, se ve a sí mismo reflejado en la persona del ángel. Como él, se siente enviado por Dios para ayudar a sus alumnos a descubrir su dignidad y su vocación. Y lo hace a la manera del ángel en el relato evangélico. Por eso, cuida de que el primer mensaje que el alumno perciba cuando entra en relación con él, sea el mismo que el ángel transmitió a María en nombre de Dios: “Alégrate, lleno de gracia, estoy contigo. No temas porque tienes un lugar en mi corazón, te amo.” Este modo divino de entrar en la vida del otro, le inspira su propio modo de educar. Permítanme señalar algunas de las características propias del estilo marianista en la educación que se deducen de aquí.

- **La educación marianista brota del corazón del educador y se basa en el respeto y el amor.**

Basta que recordemos aquí algunos pasajes de las Constituciones que nos dejó nuestro Fundador a los religiosos marianistas en un maravilloso capítulo sobre la educación:

“El religioso se penetra para con ellos (los alumnos) de los sentimientos del Salvador y de toda la ternura de María. Por numerosos que sean, dilata su corazón para darles cabida a todos y llevarles sin cesar con él...” (a. 259)

“El modo de enseñar la religión (es decir, “el modo de instruir”) es cuestión de método... Pero el religioso que sigue exactamente cuanto está establecido a este respecto, está bien convencido de que no se inspira la religión (es decir, “no se educa”) en los niños por un método más o menos ingenioso, ni por un ejercicio de piedad, sino por el corazón del maestro cuando está lleno de Dios y simpatiza con el corazón de los alumnos.” (a. 260)

Es evidente que para Chaminade, la educación marianista venía inspirada en el comportamiento mismo del Dios amor, el que se manifiesta a María y se encarna en la humanidad de Jesús.

- Desde ese amor y respeto profundo a la persona con su originalidad propia y con su libertad, **la educación marianista se desarrolla en y para el diálogo.**

El respeto por la dignidad de la persona y su libertad, lleva al educador marianista a no sólo a respetar al diferente sino a amarlo y a interactuar con él a la manera de Dios. Sigamos escuchando a nuestro Fundador en sus Constituciones:

“Dios es paciente; llama muchas veces sin que las repulsas le retraigan; espera la hora del arrepentimiento, y mientras tanto, conserva con la misma bondad a los que le ofenden y a los que le sirven. Así procede el religioso en la educación de los niños; no quiere verles llegar de un golpe a la perfección de las virtudes evangélicas; no pierde de vista que para él se trata de sembrar y no de recoger...” (a. 261)

“(El religioso) Cuida sobre todo de no rechazar como malo lo que no es absolutamente bueno; no recibimos todos la misma medida de gracias ni el mismo destino. Bástale a cada cual ser como Dios quiere.” (a. 262)

Este modo de interacción con el alumno desde el amor y el respeto, exige anteponer el diálogo a la imposición, la colaboración al autoritarismo.

El diálogo se aleja de la contienda verbal, del debate como lucha de poder. Es un caminar junto al otro en busca de la verdad, renunciando a tener la razón de antemano y a imponerla, por respeto a su dignidad y a su libertad. No es signo o manifestación de relativismo, ni nos induce a él. En la educación no hacemos del diálogo nuestro método porque nos encontramos desorientados, sin rumbo, y no sabemos dónde encontrar la verdad. A los creyentes y a los educadores nos guía la verdad. Si no, no seríamos ni creyentes ni educadores. Si dialogamos es porque no somos dueños de la verdad y mucho menos del modo cómo la verdad se comunica. La verdad es libre y sólo se comunica en la libertad a la libertad de quien la recibe. Siendo así, la única actitud que respeta esta dinámica y la posibilita es el diálogo.

- **La educación marianista es integral**, es decir, **se orienta a la persona en su integridad**.

La educación marianista cuida todos los aspectos que configuran la persona como tal, los intelectuales pero también los corporales y los espirituales. Dios busca en María la persona, la mujer integral. Dios no se ofrece sólo a su mente (Dios no es una idea, un concepto abstracto) o a su corazón (Dios no es un sentimiento). Dios es vida en todos los sentidos. Por eso se ofrece a la mente, al corazón y también al cuerpo de María, con toda su feminidad, con toda su capacidad generativa, como mujer.

Educar es formar las personas, desarrollar en ellas todo lo que son en potencia cuando nacen. Es algo más que instruir. En la educación es importante la instrucción, es decir, la transmisión de conocimientos y de habilidades instrumentales que permitan a la persona desenvolverse en el medio en el que vive. La instrucción apunta al desarrollo de la inteligencia, del saber, del conocimiento. Pero la persona humana es algo más que inteligencia. Su identidad como tal persona, su modo de ser y estar en el mundo, de interactuar con lo que le rodea, no sólo depende de sus conocimientos. Entran en juego otros muchos factores: su concepción del sentido de la vida, sus valores, sus sensibilidades, sus hábitos... La educación no puede eludirlos, debe integrarlos en su tarea. De ahí la insistencia de Chaminade desde los comienzos de su obra: **“La Compañía de María no enseña sino para educar... cristianamente”** (a. 256). O dicho de otro modo, los marianistas no somos meros profesores sino educadores.

- **La educación marianista se adapta a la realidad de la persona concreta, con sus circunstancias**. En el relato de la anunciación Dios no se comunica a la humanidad en general, ni a un modelo abstracto de mujer, sino a una mujer

determinada, en unas circunstancias geográficas y culturales concretas. Se llama María, es joven, es judía, vive en Nazaret y en el tiempo de la dominación romana, “en los días de Herodes” (Lc 1,5), para ser más exactos.

También la educación marianista trata de dirigirse a cada persona concreta en sus circunstancias. Estas circunstancias cambian de un lugar a otro y de un tiempo a otro. De ahí que una de sus características y de sus propósitos sea “**educar desde y para la adaptación al cambio**”. Una vez más nuestro Fundador:

“Los principios de la educación, una vez comprendidos, no varían; pero los procedimientos por los que se aplican y los métodos de enseñanza tienen forzosamente que seguir el progreso de las sociedades humanas y acomodarse a sus necesidades. Admitir como principio la inalterabilidad de las formas y de los métodos de enseñanza, sería limitar a un tiempo muy corto los servicios y la existencia de un Instituto religioso...”
(a. 267)

No sólo cambian los tiempos, también las culturas cambian. La educación para la adaptación, incluye la educación para vivir con autenticidad en una sociedad culturalmente plural, en la que es necesario interactuar con quien es diferente.

2) **Segundo principio antropológico fundamental de la espiritualidad marianista: La fe es clave en el desarrollo de la persona humana y en el discernimiento de su misión en el mundo.**

Dios, ofreciéndose a sí mismo con profundo respeto y amor, busca la aceptación de parte de la humanidad. Busca un gesto libre de apertura y de confianza por parte del ser humano, un sí, que afortunadamente encuentra en María. Como ya he comentado antes, María se nos muestra en el evangelio como la mujer creyente. Ella es el verdadero icono de la fe, una fe que es, ante todo, fiarse de Dios, de su promesa, de su palabra. “Hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38), respondió María al ángel.

Al fijar nuestra mirada en María, comprendemos lo que es la FE. En su esencia, esta fe es algo mucho más profundo que lo que solemos entender cuando hablamos de la fe “religiosa”, de la fe de un creyente. No es una adhesión a un credo, a un conjunto de verdades propuestas por una religión. En María comprendemos que la fe auténtica es una actitud existencial, profundamente humana, de apertura al Otro, con mayúsculas. Es permitir que ese Otro, con mayúsculas, entre en mi vida y la haga tanto suya como mía. Por medio de esta fe, María abre su vida a Dios e interactúa con él en la generación del hombre nuevo, de la humanidad nueva.

A veces, en nuestro mundo, la fe es criticada por considerar que entregar a otro nuestra vida es alienante. Pero creer en alguien, otorgarle nuestra fe, no es en sí alienante. No es la fe, no es el hecho de creer, lo que puede alienarnos, sino la relación en la que creemos, la relación a la que nos entregamos cuando creemos en alguien o en algo.

La antropología cristiana se basa en el principio de relación. La persona humana no se hace a sí misma desde sí misma sino en la relación. Somos el fruto de las relaciones que vivimos, que hemos vivido y que seguimos viviendo. Es cierto que hay relaciones opresoras, alienantes, que destruyen la persona. ¡Cuántas personas deshechas por el desamor, el abandono, la injusticia, la tiranía o la violencia! Pero, gracias a Dios, hay también relaciones liberadoras, que van haciendo surgir en nosotros lo mejor de nuestras posibilidades humanas más allá de lo puramente instintivo. Son las relaciones basadas en el amor mutuo, en esa entrega mutua que busca siempre el bien del otro. Las relaciones de familia, de amistad, de fraternidad, de pareja, son de este tipo cuando se basan en el amor. Estas

relaciones, lejos de ser alienantes, nos son imprescindibles. Sin ellas no podríamos ni conocer nuestra dignidad ni desarrollarnos como personas.

Por lo tanto, la posible “alienación” de la persona no se debe al hecho en sí de creer, de “fiarse”, no se debe a la “fe”. No es alienante “creer” pero sí puede ser alienante la relación en la que se “cree” y a la que, por lo tanto, uno se entrega. En María vemos que la fe en Dios, que nos ama y se entrega a nosotros, no es un acto de despersonalización, de alienación, sino todo lo contrario. De la interacción mutua entre la fe de María y el poder del Espíritu, surgirá la humanidad nueva, el hombre Jesús, el nuevo Adán de la nueva creación. De esta manera, María alcanzará la plenitud del propio ser y cumplirá su propia misión en el mundo y en la historia.

Así pues, puesta la mirada en María, la educación marianista proclamará como uno de sus propósitos más importantes **“educar para formar en la fe”**.

De todo lo que hemos dicho, se deduce que esta formación en la fe, exige:

- **Formar en la apertura al otro.**

Es la consecuencia inmediata y lógica de lo que acabamos de decir. Para formar en la fe hay que formar en la apertura al otro, a Dios (el “Otro”, con mayúsculas) y al prójimo (el “otro”, con minúsculas). Ambas “aperturas” van a la par, como bien nos muestra el evangelio. No se puede amar a Dios sin amar al prójimo y viceversa. La educación marianista debe ayudar a la persona a descentrarse de sí misma para centrarse en la relación de amor que nos viene propuesta en el evangelio y que hemos visto reflejada en la anunciación.

- **Formar desde y para la relación personalizadora.**

Una de las características más importantes de la educación marianista, **“el espíritu de familia”**, tiene aquí su razón de ser. Crear una relación de verdadera familia, en la que la persona crezca y se desarrolle como tal, es un medio educativo indispensable en la educación de la fe. Por un lado, el espíritu de familia propicia y promueve la actitud de apertura, confianza y entrega que está en la base de la fe; por otro lado, él mismo es el fruto de la fe, de la apertura, confianza y entrega que ella conlleva.

De este principio brota la importancia que Chaminade dio a la comunidad en su misión. La comunidad es el lugar imprescindible de la formación de la fe y, al mismo tiempo, su fruto visible. Por ello, los marianistas afirmamos con fuerza en nuestra Regla de Vida que *“nuestro objetivo principal”* en nuestra misión *“es la formación en la fe. En particular tratamos de motivar y preparar apóstoles, y hacer surgir comunidades de seglares comprometidos”*. (RV a. 71)

- **Cuidar una profunda y correcta formación intelectual**, en la que la razón desarrolle plenamente sus potencialidades

Ya el P. Chaminade advertía de que *“la importancia que la Compañía da a la educación cristiana no le hace descuidar la instrucción; muy al contrario: como no se puede dar la educación sino con ocasión y a la par de la instrucción, la Compañía pone tanto mayor interés en la buena marcha de sus escuelas y en la perfección de sus métodos cuanto tiene mayor deseo de extender a un mayor número de niños los beneficios de la educación cristiana.”* (a. 266)

La educación marianista busca, pues, la excelencia en el saber, tratar de educar “sabios”, sin olvidar que el verdadero sabio no sólo sabe muchas cosas sino que, sobre todo, sabe cuáles son los límites de su saber, es decir, sabe **cómo** sabe y **hasta dónde** llega lo que sabe. Desde ese conocimiento, el verdadero sabio mantiene siempre abierta su razón a la Verdad con mayúsculas, que siempre le sobrepasa y le trasciende. Apoyada en esta condición de la razón, la educación marianista se caracteriza por ofrecer también una sólida formación religiosa de carácter intelectual, de serio contenido teológico, cultivada en el diálogo entre la razón y la fe, entre la fe y la cultura.

- **Promover la vida cristiana en su integridad, como una vida llamada a realizarse, entrando y colaborando en el plan redentor de Dios para la humanidad.**

La educación en la fe no se limita a promoverla como actitud. La educación marianista cuida también del fruto de la fe, es decir, de la vida cristiana en todas sus dimensiones. Como ya hemos visto en María, la fe implica y compromete la vida entera, se refleja en la vida. Por ello, la educación en la fe no se agota con una buena formación intelectual, con la enseñanza de la teología. La vida cristiana no está hecha sólo de conocimiento, sino también de cultivo de la relación personal con Dios, (de oración) y de acción, de compromiso de servicio en favor de los demás. En nuestra Regla de Vida, los marianistas, al hablar de nuestra misión, afirmamos: *“Estamos comprometidos en la multiplicación de los cristianos; formamos personas y comunidades en una fe viva, que se expresa en un servicio que responda a las necesidades de los tiempos.”* (RV a. 63)

La vida cristiana es una vida orientada al prójimo. En el relato de la anunciación vemos repetido de nuevo un principio presente en todas las manifestaciones de Dios a lo largo de toda la historia. Este principio es que Dios no nos quiere para sí sino para los demás. Si se entrega a quien lo acepta, es para transformarlo en un gran instrumento de salvación para los demás. Así fue con Abrahán, con Moisés, con David, con los profetas... Así fue con María. El relato de la anunciación termina con la salida presurosa de María al encuentro de Isabel. Nadie que acepta “ser tocado” por Dios puede quedar encerrado en sí mismo. Creer y ponerse al servicio de los demás van siempre juntos.

Con su fe, María entrega todo su ser y su vida al servicio de una misión: abrir las puertas de la humanidad y de la historia al Reino de Dios, el Reino prometido (“el Señor Dios le dará el trono de David, su padre” (Lc 1,32), dijo el ángel a María), el Reino esperado, Reino de justicia y de paz, Reino que se hizo presente en la persona y en la vida de Jesús que ella engendró, educó y sirvió.

De este importante aspecto de la vida de fe, deduce la educación marianista otra de sus principales características y propósitos: **“educar para el servicio, la justicia y la paz”**.

Después de esta contemplación del relato de la anunciación, podemos entender mejor el alcance y las implicaciones de lo que los marianistas afirmamos en nuestra Regla de Vida: *“Nuestro objetivo principal es la formación en la fe.”* (RV a. 71)

Como hemos visto, la fe de María, la que nos abre confiadamente al Dios que se nos revela en el evangelio, es la condición y el medio indispensables para percibir toda la dignidad que encierra el ser humano y cuál es el puesto que le corresponde en el mundo y en la historia. *“Para alcanzar este objetivo trabajamos en la proclamación directa del evangelio en el progreso de la cultura y en*

la transformación de la sociedad, de acuerdo con el mensaje de salvación. La fe nos lleva, a nosotros y a los apóstoles que formamos, a la conversión del corazón y a la unión con los que luchan por la justicia, la libertad y la dignidad humana. La fe nos impulsa a trabajar siempre por la paz, tratando de sanar por medio de la reconciliación a pueblos y comunidades.” (RV a. 71-72).

3. Una respuesta a los retos educativos de nuestro tiempo.

Doscientos años después de la Revolución Francesa, en cuyo terreno germinó nuestro carisma marianista, estamos viviendo otra revolución de tanto, o incluso mayor, impacto cultural y social. A nadie se le escapa que estamos pasando por un tiempo de crisis profunda en la concepción del mundo, del hombre y de sus relaciones con cuanto le rodea. Una nueva forma de civilización está emergiendo. Igual que en el tiempo del P. Chaminade, esta nueva realidad tiene su doble impacto, en las personas y en las instituciones.

En las personas, la apostasía y la increencia rebelde del tiempo del P. Chaminade, ha dado paso a lo que quizás es todavía peor, la indiferencia. En el tema de la fe, el problema ya no es dar respuesta a las preguntas planteadas por la razón (así surgió toda la apologética de los siglos XIX y XX) sino hacer que surjan las preguntas que posibiliten la respuesta creyente. El hombre de hoy ya no se rebela ante la fe y la cuestiona. Simplemente se sitúa al margen, es indiferente ante ella.

La crisis institucional actual es también evidente. Las instituciones, empezando por la familia o por el mismo estado, están en crisis. ¿Qué está siendo del matrimonio y de la paternidad sino un juego de caprichos privados, sin estructura que les dé cuerpo, sin compromiso institucional? ¿Qué está siendo de las instituciones sociales y políticas que sostienen el estado? Cuando uno mira el panorama de la gestión pública, constata que ésta ha dejado de estar centrada en la cuestión social del bien común para quedar reducida a la gestión financiera cuyo único fin es el provecho económico. La última generación de los verdaderos políticos en el pleno sentido de esta palabra (los gestores de la “polis”), se acabó en el último cuarto del siglo pasado. ¿Y qué decir de la Iglesia?... Basta recordar los resultados de las encuestas de opinión, sobre todo entre los jóvenes. Como se hace ver en los estudios sociológicos, “they believe but don’t belong”.

La crisis de las instituciones arrastra consigo la crisis de la pertenencia, que afecta seriamente a la persona misma. La persona queda aislada, sin referencias exteriores y sin las relaciones que, como hemos visto antes, la forman.

Ante esta crisis, las instituciones se encuentran desorientadas, perplejas, sin saber cómo situarse. Preocupadas por su desprestigio, centran todo sus esfuerzos en campañas de imagen. Creen que el problema es que no se saben presentar a sí mismas, que no se saben explicar... Pero el problema es otro y más profundo. **Es un problema de pérdida de sentido.**

Tras la revolución francesa, con el endiosamiento de la razón frente a la fe, el hombre rechazó todo sentido que no tuviera su fundamento y su fuente en la razón misma. Se inauguró así una época de la historia, la del orgullo de la razón, en la que el hombre, liberado de cualquier otra tutela que no sea él mismo, trató de construirse a sí mismo y el mundo que le rodea desde su propio conocimiento y su propia lógica. La experiencia histórica de los dos siglos transcurridos desde entonces, ha mostrado a la humanidad las luces de aquella pretensión pero también, y sobre todo, las sombras.

Con la exaltación de la razón vino la incertidumbre sobre el sentido. Y lo que es peor, la tiranía de las ideologías, los sistemas absolutos y cerrados de pensamiento, que se impusieron por la violencia y la fuerza, ahogando la libertad. Las dos guerras mundiales demostraron la irracionalidad de las razones humanas, y la caída del muro de Berlín dio la puntilla al poco prestigio que les quedaba a las ideologías que pretendían explicar el mundo.

Como el hombre de *la modernidad*, el que surge de la Revolución francesa, el hombre *postmoderno*, el que resulta de esta historia reciente, sigue siendo un hombre referido a sí mismo, que busca en sí mismo el sentido y la razón de su existencia. Pero, cansado -y yo añadiría, “decepcionado”- de la razón y de la lógica, vive entregado al sentimiento y a lo sensorial, o incluso a la sensualidad simple y llana. Ya no hay para él “razones”, sólo “opiniones”, cuya verdad ya no se apoya en la realidad objetiva (ni siquiera lo pretende), sino en la mera percepción sentimental interna. “Es tu opinión; yo tengo la mía.” El único mundo verdadero es el de las sensaciones interiores. En ellas reside la verdad y el sentido. Y si la realidad no corresponde a lo que internamente se siente o se desea sentir, para eso está la técnica.

El hombre *postmoderno* ya no cree que el poder para dominar y conducir la realidad esté en la razón sino en la técnica. Vive obsesionado por ella y entregado a ella, a todo aquello que le capacite para manipular la realidad, sin preguntarse lo que esa realidad es ni lo que requiere de él. La vida se convierte en una especie de juego de ordenador, con el que se pretende que la realidad virtual acabe dominando a la real. La aspiración suprema es tener las herramientas para hacerlo, es decir, los medios económicos y la técnica para conseguirlo. La pregunta ya no es el por qué y el para qué sino el cómo.

Desde esta actitud autorreferencial, el hombre de hoy proyecta y programa incluso su propia red social, al margen de las redes sociales institucionales. “Chats”, “blogs”, “facebook” y demás redes dentro de la gran red virtual, sustituyen a la familia, el vecindario, el pueblo y hasta la comunidad. La socialización de la persona no se realiza en la relación con el mundo real que le rodea. Ella se proyecta su propia red y la elige desde sí misma. Las instituciones que procuraban su socialización (familia y escuela, sobre todo) sienten cómo disminuye, se debilita o incluso desaparece su influencia. Crece la sensación de estar en medio de un mundo confuso en el que no nos entendemos porque ya no pertenecemos a la misma “red social”, no hablamos el mismo lenguaje.

A la luz de todo ello, y según lo que hemos dicho en el apartado anterior, vemos claro que el esfuerzo educativo hoy hay que centrarlo en sacar a la persona de la prisión en la que le encierra el subjetivismo para devolverla al mundo relacional, del que no puede sustraerse sin condenarse a sí misma a la perdición. Tras el asesinato de Abel, Caín se transformó en un errante solitario. “Andarás errante y perdido por la tierra”, le dijo el Señor (Gn 4,12). Y en ese momento se dio cuenta de que, matando a su hermano, se había condenado a sí mismo. “Cualquiera que me encuentre me matará” (Gn 4,14), reconoció angustiado. Los relatos iniciales del Génesis muestran admirablemente una verdad antropológica fundamental: rompiendo con Dios y matando al hermano, el hombre queda referido a sí mismo y se pierde, condenado a esconderse, a “vestirse”, a autodefenderse, a protegerse. Las dos grandes preguntas de Dios al hombre así perdido siguen resonando en la historia y en la vida de cada uno de nosotros: “¿dónde estás?” (Gn 3,9) y “¿dónde está Abel, tu hermano?” (Gn 4,9). Como hemos visto, la persona humana es un ser en relación, que se hace en la relación y que, por lo tanto, se niega a sí misma, cuando se encierra en sí misma y proyecta el mundo desde sí misma.

Como marianistas, afirmamos que el único medio que tenemos para ayudar al hombre de hoy a salir de su “ensimismamiento”, de su individualismo, es llevarle a descubrir que su plena realización pasa por recuperar esa relación “fundante” que es la única que le hace verdaderamente persona: la que busca exclusivamente el bien del otro, la que se impone sin avasallar, la que solicita sin dominar, la que da sin pedir nada a cambio, y respeta siempre la libertad del otro. En una palabra, la que se nos ofrece en el amor de Dios.

Es evidente que el retorno a María en el episodio de la Anunciación-Encarnación del Hijo de Dios se hace urgente en nuestro tiempo. Sigue y seguirá siendo siempre el relato raíz de la salvación, aquél con el que empieza la evangelización del mundo. Y si el retorno a María es hoy imprescindible, lo es igualmente el retorno a la promoción de verdaderas comunidades cristianas, como ámbitos en el que ese amor de Dios se vive, se reconoce, se celebra, se corresponde y se sirve. En definitiva, el

ámbito de la comunión en el Espíritu, en el que cada uno experimenta y vive su ser de hijo del Padre y, por consiguiente, de hermano universal.

Este tiempo que nos toca vivir es más el de la decepción que el de la rebelión. El hombre de hoy, decepcionado de tantas palabras huecas, de tantos proyectos fallidos, ha optado por cerrarse en sí mismo. Pero esa no es su verdadera casa. Como el hijo pródigo, volverá a añorar la casa del Padre. Es más, ya hay síntomas, creedme, de que empieza a añorarla. Pero cuando **libremente** decida volver a ella, necesita encontrar la verdadera casa del Padre y no la del hijo mayor. Necesita encontrar una comunidad, una Iglesia, regenerativa, maternal, mariana. Los marianistas podemos y debemos poner todo nuestro empeño en que así sea.